

de Tintoreto, *San Pedro Nolasco*, de Zurbarán; *La Reina Artemisa*, de Rembrandt; *La Virgen, el Niño Jesús y dos Ángeles*, de Andrés del Sarto; y *La Virgen, Jesús y San Juan*, de Correggio.

Según leo en mi guía existen dos mil cuadros en este museo, y apareciendo en él 62 cuadros de Rubens, 22 de Van Dyck, 46 de Murillo, 64 de Velázquez, 53 de Teniers, 10 de Claudio de Lorena, 43 de Ticiano, 25 de Pablo Veronés, 54 de Tintoreto, 10 de Rafael, 14 de Zurbarán y 58 de Ribera, ya se podrá imaginar el prodigioso valor de esta colección.

Pocos son los artistas españoles que figuran aquí; Velázquez, Murillo, Ribera, Alonso Cano, Morales, Joanes y Zurbarán, son los más notables, y sin embargo, Madrid posee un sorprendente Museo de Pintura; pero debemos recordar que los tesoros de América y sobre todo de México fueron en un tiempo suficientes para comprar las obras maestras del antiguo mundo.

Faltan en este Museo cuadros sobre asuntos profanos y alegres, pues la mayor parte son de un carácter austero y relativos á objetos religiosos; y apenas hoy algún *desnudo*, á que las escuelas italiana y francesa son tan inclinadas; ésto se explica por la gazmoñería de los antiguos monarcas españoles.

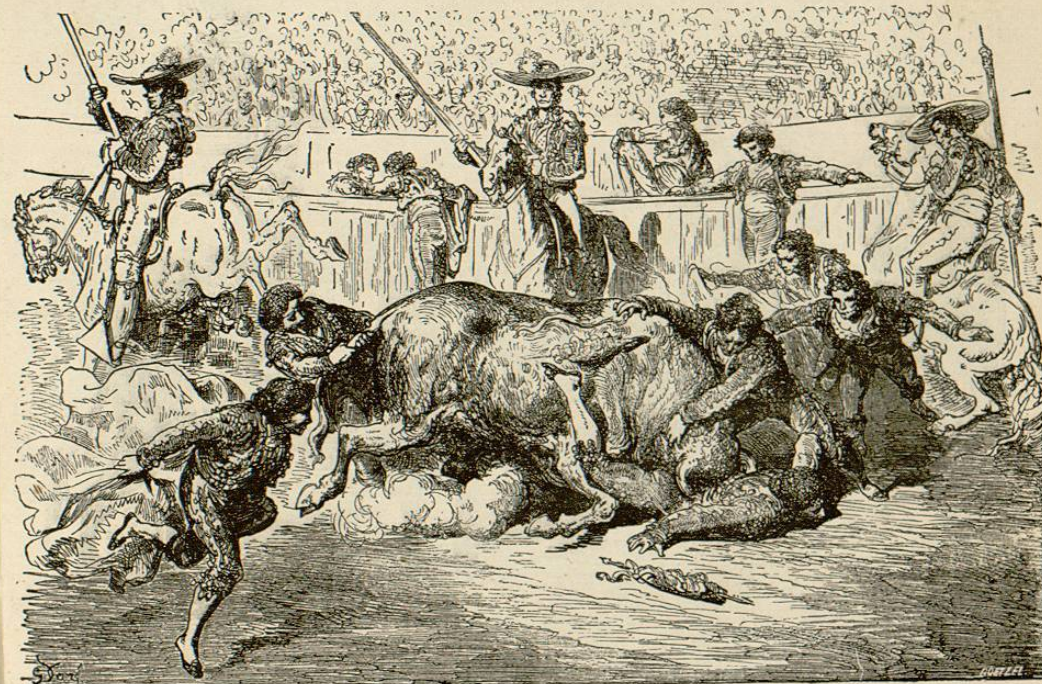
Las escenas de la mitología y de la historia profana son fuentes de gran valor para el artista; y el desnudo es erótico y voluptuoso acompañado de ciertas actitudes, pero no con el ideal y casto manto con que los verdaderos artistas le saben cubrir.

Saliendo del Museo, me iba á descansar un rato á mi habitación, pero como por las calles encontré los tramvías llenos de gente que se dirigía á los Toros, pues era domingo y estaba anunciada una gran corrida, me acomodé en uno de esos coches que partía de la calle de Alcalá junto á la Puerta del Sol. Á proporción que el tramvía avanzaba, iban subiendo más pasajeros. Ocupados todos los asientos, se colocaban en el techo; lleno éste, se sentaban en las rodillas ó se mantenían parados entre las piernas de los que estábamos sentados: después, siendo materialmente imposible que cupiese una persona más en el interior del coche, pues íbamos como sardinas aprensadas, los que seguían tomando el tramvía se colgaban á alguno de los barrotes y llevaban el cuerpo casi en el aire; otros, por fin, se asían de un brazo ó una pierna de los que iban colgados y formaban así un grupo original, curioso y ruidosísimo, pues la perspectiva de una próxima corrida de toros tenía á estos Madrileños locos de alegría.

En poco tiempo llegamos á la Plaza de Toros, situada al N. E. de la ciudad, fuera y un poco á la izquierda de la Puerta de Alcalá y á poca distancia del jardín del Buen Retiro.

La plaza de Toros es un edificio monumental de estilo mudéjar y de construcción muy reciente. La parte destinada para la lid es muy extensa y circundada de una valla de madera sin burladeros; pero con una repisa que

sirve para que el torero pueda saltarla fácilmente: después de un pequeño pasillo está la contravalla; y luego sigue un tendido circular de quince gradas hermosas y cómodas, de piedra labrada, y señalados sobre ellas los asientos con sus respectivos números. Sigue luego un orden de magníficos palcos, también con gradas, y después los palcos principales entre los que hay uno destinado al supremo poder ó al rey, con lujosos asientos y rodeado todo de vidrieras. Las columnas y balaustradas de estos palcos son de hierro elegantemente dispuestas, así es que su conjunto presenta una vista grandiosa y bellísima.



LOS TOROS. UN BANDERILLERO EN PELIGRO.

Tras de dos órdenes de palcos que están sobrepuestos, hay anchos corredores con sus respectivos gabinetes excusados.

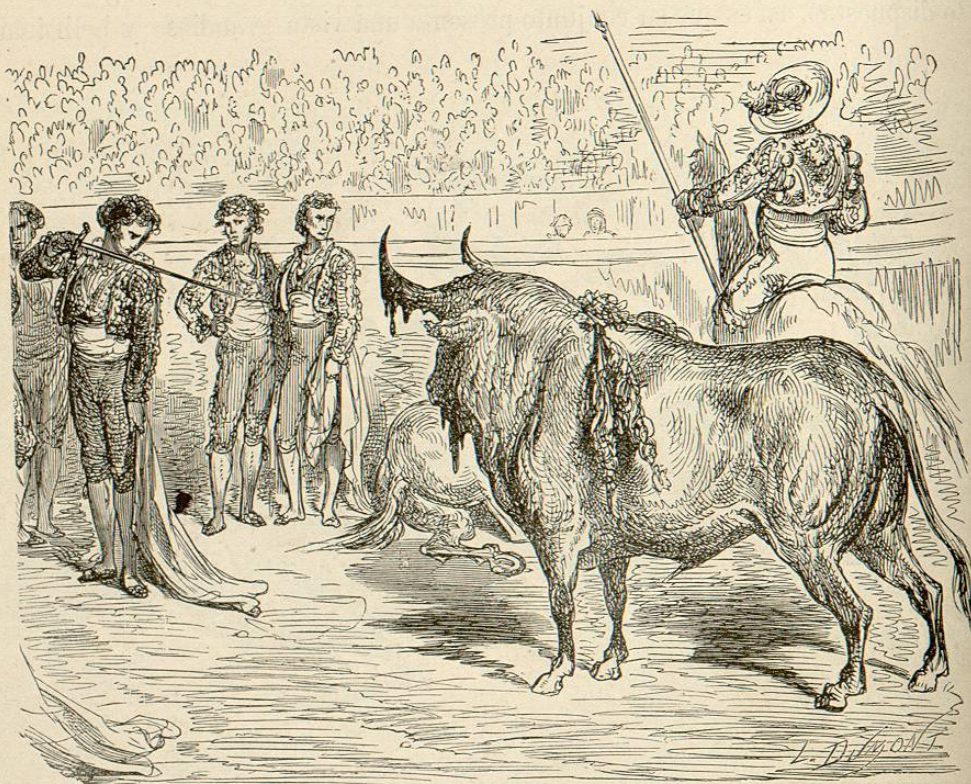
Pueden caber 16,000 espectadores en este edificio.

El departamento destinado para el encierro de los toros, para los caballos de los picadores y toros muertos, es muy vasto y apropiado.

Llegué en el momento en que se picaba al primer toro, y un espectáculo horrible fué lo primero que presencié.

Un hermoso potro tordillo, montado por un picador, fué herido en el bajo vientre por el toro; los intestinos empezaron á salir, y como el caballo seguía corriendo y sufriendo los empujes del toro, el volumen de las tripas iba aumentando y la hemorragia debilitando al animal.

Creí que sacarían de la plaza aquel caballo inutilizado ; pero el picador seguía corriendo en él, buscando y arremetiendo al toro, quien hizo al potro una nueva herida en el encuentro. Poco á poco, el intestino separado de sus ataduras, *mesenterio*, fué formando una honda que creciendo con las carreras del caballo vino á tocar el suelo : principió á arrastrar, y al pobre animal se le exigía siguiese corriendo, y corría.



EL ESPADA.

Aumentada la honda, vino á ser de cuatro á cinco metros y principió á enredarse entre las patas del caballo.

El picador le espoleaba, y el potro haciendo un nuevo esfuerzo, estrujando y pisoteando aquella honda palpitante, resistió los empujes del bicho sobre una alfombra de sus propios intestinos.

Falto de vida, paróse al fin el caballo ; y ¡ qué horror ! Tres mozos vienen con látigos y le castigan para que siga andando, y anda y corre, y le siguen fustigando, y sus tripas arrastradas, revueltas y pisoteadas por sus pezuñas, formando un lodo de carne, tierra y sangre, llegan por fin á desprenderse del vientre.

Y el caballo libre de sus intestinos, que quedaban en tierra, y fustigado to-

avía con violencia, resiste aún al toro, que le mete la llave en el corazón y le hace caer muerto, con la instantaneidad del rayo.



TRIUNFO DEL ESPADA.

Hasta este momento no le libraron de su ginete y de su montura. El público que era numerosísimo, gritaba entusiasmado y aplaudía con una exaltación de caribe, en un éxtasis de salvajismo indescriptible.

Quando el caballo arrastraba sus intestinos, creí que gritaban ¡ Fuera ! ¡ Fuera ! Y yo también gritaba ¡ Fuera ! ¡ Fuera ! Pero un español que estaba

á mi lado me advirtió que lo que se decía era ¡ Fuego ! (1) y no ¡ Fuera ! Me callé.

La afición á las corridas de toros en España es grandísima ; pero en Madrid raya en locura. Mujeres, hombres, los diarios, todos se ocupan de comentar los sucesos más insignificantes de una corrida. Cada toro tiene su nombre, cada paso del torero, cada estocada ó rejonazo, su término especial.

Siendo la arena, ó lugar de la lid, bien extensa, entran á la vez dos compañías de toreros, y lidian alternativamente un toro cada una, pudiendo así descansar en los intervalos de lo mucho que tienen que correr.

A la izquierda de mi asiento estaba el palco del Rey, y como al lidiarse el segundo toro, noté algun ruido ó alboroto y que la concurrencia miraba hacia ahí, pregunté al espectador que tenía á mi lado, si aquello indicaba la llegada del Rey. Contestóme que si llegaba el Rey, yo lo sabría : ¿ Por qué ? le dije — Porque el público aplaude ó silba cuando se presenta el Rey. — ¡ Silbarle al Rey ! exclamé. — Sí, me contestó, el público aplaude ó silba, según está de humor ; á Amadeo, una vez le silbó. — Comprendí que pocos sentimientos monárquicos debe haber en un pueblo que observa tal conducta con sus reyes.

La concurrencia es siempre tan numerosa á esta salvaje diversión, que á pesar de lo grande del local es difícilísimo hallar asiento la tarde misma de la función : casi todos se provéen de boletas dos ó tres días antes.

Al siguiente día de una corrida de toros, que por lo regular se verifica los domingos, todos los diarios, dedican á su descripción una gran parte de sus columnas ocupándose hasta de los menores detalles, y el público los lee con tanto interés como si se tratara de las batallas de Austerlitz ó Waterloo.

Y si hay diarios sensatos que censuren tal conducta, se puede estar seguro de que sus redactores van también á los toros, y gozan como los demás.

Para cambiar de espectáculo, fuí por la noche al Circo de Price ; regular edificio y mediana compañía.

(1) El público se refería á las banderillas de fuego que ponen al toro.

